

Marcial, aquella tarde, por primera vez en su vida, se siente afortunado. Eso responderá al hecho de haber encontrado el sentido de su existencia, la canción, pues su espíritu era el de un pájaro cantor. Entonces comprenderá el significado de las palabras sagradas que anunciaban la gloria, el nirvana y la salvación. También entenderá por qué se decía eso de que el cuerpo era una prisión, y que había que mortificarlo para que el alma pudiera liberarse de sus cadenas terrenales. Ya nunca más pensará en su familia gaditana, y dejará de sentir el rechazo contra su padre que le había consumido desde niño, impidiéndole crecer y desarrollarse en el mundo con libertad. Día a día irá madurando, y hasta haciéndose más grande y corpulento, pues ya no le dominará el odio hacia su propio género. Su éxito como cantante y las muestras de respeto hacia su arte, le ofrecerán la confianza en sí mismo de la que había carecido toda su vida. Si cantando había sido capaz de salir del infierno, gracias al reconocimiento público, conseguirá elevarse hasta las estrellas. Después de haber sido un indigente, poder comer, dormir bajo un techo y tener la ropa limpia, le parecerá un lujo increíble. Al fin logrará abandonar la calle Guzmán el Bueno, pues ese apego escondía en el fondo una especie de fijación malsana con un lugar en el que se encontraba atrapado desde su juventud. Se dará cuenta de que aquella obsesión por el barrio estaba relacionada con la música heavy, a través de la cual muchos insurrectos, como él, gritaban denunciando el mal que produce la erradicación de la ternura entre los animales humanos. De hecho uno de los que había sido y será para siempre sus grupos favoritos, Los Suaves, tenía como emblema un gato y su nombre hacía referencia a la suavidad del pelaje de esos animales. Sin embargo reconocerá que no es fácil llevar a cabo la insurrección de amar tiernamente y en libertad, como proponen esperanzadas las letras de muchas canciones. Con una versión muy melódica y un poco flamenca de la ranchera Vámonos, le declarará su amor a su amiga Maite, pero la cosa no saldrá bien. Ella se mostrará demasiado autodestructiva, como la mayoría en la intimidad, por encontrarse condenada eternamente al infierno de los que creen que la agresividad ha ser inherente al sexo. Él tendrá muy claro que no va a repetir el comportamiento de su padre. Para eso había renunciado incluso a existir, y preferiría morir antes de ofrecerle el pornoamor que ella demandaba. Será demasiado consciente del horror que implica practicar el sexo sin estar enamorado como para caer en la trampa que origina todas las conductas inhumanas propias de nuestra especie. Para eso preferirá estar solo, y justo tras haber tomado esa decisión, recibirá la sorpresa más grata de toda su vida. Resulta que la mujer con la que había quedado el 15 de mayo que cambió su vida, gracias a un accidente sucedido ese mismo día, había logrado una especie de lucidez espiritual tan grande que se había convertido en su media naranja. Parecía como si una justicia divina, mucho más poderosa que la humana, hubiera recompensado su pureza. Y ya convertido en un anciano, cantándole dulcemente a su nietecito, se siente un hombre verdaderamente afortunado.